

PARDINAS

➤ Ante la crisis, la decisión de ajustar el gasto del gobierno, o la negativa de hacerlo, define la visión que se tiene de la política; es necesario aprender del ejemplo.

Calderón, Obama y Bartola

JUAN E. PARDINAS

Los gobiernos de México y Estados Unidos tienen un desafío financiero similar: impulsar un programa de recuperación económica, pero con una bolsa limitada de recursos. Cada país tiene retos particulares, pero Felipe Calderón y Barack Obama tienen enfrente el mismo problema que Chava Flores le dejó a Bartola en una canción: *"ahí te dejo estos dos pesos, pagas la renta, el teléfono y la luz. De lo que sobre, coges de 'ay para tu gasto, guárdame el resto para echarme mi alipús"*. ¿Cómo reaccionó cada mandatario ante el problema de la escasez de recursos?

"Reformar el presupuesto, no es una opción sino una necesidad". El Presidente electo de Estados Unidos, Barack Obama, pronunció esta frase en una conferencia de prensa a principios de la semana. La cita textual continúa: "No podemos sostener un sistema que sangra billones de dólares de impuestos en programas de gobierno que ya no sirven, o que existen sólo por el poder de un político, un cabildero o un grupo de interés... Tenemos que revisar el presupuesto, página por página, línea por línea, para extirpar de raíz el gasto innecesario". Para ilustrar su argumento, Obama puso como ejemplo los subsidios al campo que impulsó George Bush, los cuales entregaron cerca de 50 millones de dólares a algunos de los agricultores más ricos de Estados Unidos.

¿Y cómo reaccionó Calderón? El presidente de México anunció, en varios discursos, que nadie tendrá que apretarse el cinturón. La afirmación del Ejecutivo es parcialmente cierta. Ni la burocracia federal ni los gobernadores ni los presidentes municipales tendrán que apretarse el cinturón. El resto de los mexicanos sí tendremos que apretar con más fuerza las hebillas que nos sostienen los pantalones. Trabajadores, empresarios y otros contribuyentes cautivos tendremos que sufragar, con nuestros impuestos, el patrón de consumo de gobernantes alérgicos a la palabra austeridad.

La asignación del gasto público es una

herencia de las prebendas y compromisos presupuestales de la época en que el PRI gobernó a México. Se dice que en aquellos tiempos, el presidente de la República era la autoridad suprema que garantizaba la estabilidad del sistema político. A esta etapa histórica se le conoce como el presidencialismo mexicano. Quiero aventurar un nuevo nombre para bautizar esta era: *el presupuestalismo mexicano*. La estabilidad política no dependía sólo de la autoridad presidencial, sino de la asignación de premios y zanahorias a costa del presupuesto: subsidios a diestra y siniestra, privilegios fiscales y onerosos contratos laborales. El presupuesto contenía una prebenda para cada grupo corporativo y el Presidente era el principal encargado de administrar las rebanadas del pastel.

Las cosas no han cambiado. Se fue el PRI de Los Pinos y llegó el PAN, pero la ubre del erario aún amamanta la paz presupuestal. México despilfarra una obscenidad de dinero en subsidios para los sectores privilegiados de la sociedad. Esas canonjías eran y son una ficha de negociación: a cambio de una cuota presupuestal, te doy apoyo y estabilidad. Los gobiernos panistas han forjado nuevas alianzas electorales amarradas con los hilos del presupuesto. La transición democrática no tuvo ningún efecto sobre los vicios inerciales del gasto público.

Para Obama no será sencillo reformar el presupuesto, pero sin duda la tiene mucho más fácil. Los granjeros de Iowa seguro montarán en cólera cuando la nueva Casa Blanca busque quitarles algunos de los subsidios que les regaló George Bush. Sin embargo, el conflicto político se canalizará por vías institucionales. Habrá discusiones tensas en el Congreso, discursos y acusaciones, pero los granjeros no entrarán a caballo al Capitolio, ni harán un bloqueo de dos meses sobre la avenida Pensilvania en Washington DC. La estabilidad institucional del sistema político de Estados Unidos permite impulsar cambios que aquí parecen imposibles. La inmadurez democrática de México es el mayor obstáculo de un cambio para bien.

